

## LA GENERACIÓN DEL MARXISMO-LENINISMO

FERNANDO CLAUDÍN

En un artículo escrito, con motivo del cincuentenario de nuestra Guerra civil, Pedro Laín Entralgo se pregunta cómo debe ser llamada la generación que siguió a la del 27. Aunque no se decide por una denominación concreta, escribe:

Sé tan sólo que para quienes estábamos entre los quince y los treinta años al comienzo de la Guerra civil, ésta cayó sobre nosotros como una espada tajante, o como un molde imprevisto, o como una llamada al combate, sentido unas veces como propio y otras no. La Guerra civil fue, en cualquier caso, algo que nos marcó para siempre.

Sin entrar en lo que de ambiguo y problemático tiene el concepto de generación como esquema interpretativo de la evolución histórica, coincido con Laín en que quienes figurábamos entre los mencionados límites de edad, al iniciarse nuestro gran drama nacional, constituíamos un grupo generacional muy específico, con rasgos determinados no sólo por nuestra vivencia de la contienda sino, tal vez más, por la manera como el proceso que la engendró influyó en la formación de nuestra personalidad. Uno de esos rasgos queda apuntado en el citado artículo cuando dice que, a diferencia de anteriores generaciones, “la nuestra se asomó a la vida bajo el imperativo de la politización”. Pero, habría que añadir, para precisar mejor ese rasgo esencial en la identidad de nuestra generación, que el imperativo político estuvo profundamente ideologizado, y por ideologías —la ideología marxista-leninista y la ideología fascista— a las que podía aplicarse en grado extremo el sentido peyorativo, alienante, que en general le daba Marx.

No es que la generación dirigente de la República y de la Guerra civil —la nuestra constituía su masa combatiente, incluidos los más

jóvenes cuadros militares y políticos— estuviera libre de esa impregnación ideológica, pero en ella se producía sobre el sedimento de una formación política y cultural diferente, que en mayor o menor medida la preservaba de una interiorización extremosa e incondicional.

Advierto desde ahora, para atajar cualquier falsa interpretación, que al nombrar esas dos ideologías no hago un juicio de valor que las equipare en cuanto a sus objetivos ideales, ni en cuanto a los intereses sociales que objetiva o subjetivamente podían servir. Pero en ambas había, aunque de signo opuesto, una visión mesiánica de la transformación histórica, una interpretación catastrofista de la crisis española y europea, una concepción del mundo que, para realizarse, requería el aniquilamiento de los que profesaban la concepción opuesta; una acción militante cuyo eje vertebrador era la afirmación de un partido único, depositario de una verdad única, dotado de la única estrategia capaz de hacer la necesaria revolución. Una revolución a la que las masas debían ser conducidas aunque no pudieran elevarse a la comprensión de su necesidad, proclamada por el partido.

Europa se vio desgarrada por estas dos ideologías que reflejaban su crisis profunda, una crisis que en sólo treinta años se tradujo en dos guerras mundiales con un breve intervalo caracterizado por el declive de las democracias y el ascenso de las dictaduras. Pese a su relativa marginación de Europa, España no podía escapar a esa deriva suicida de la civilización europea. Es cierto que la crisis española, iniciada con el naufragio de la Restauración tuvo raíces propias, nacionales, pero en esencia se asemejaban mucho a las de otros países del centro, sur y este de Europa. En todos encontramos la incapacidad de las fuerzas políticas tradicionales para adaptarse a las nuevas formas económicas y sociales que emergían en el cambio de siglo, y encontramos también la impotencia del todavía inexperto movimiento obrero para crear un bloque social que diera a la crisis una salida progresista.

Al iniciarse en Europa los fatales años treinta, España —una vez más, diferente— emprende un rumbo a contrapelo del marcado por el ascenso de las dictaduras y la crisis de las democracias en el conjunto del continente. Pero pronto esta “anomalía” española se ve minada por las tendencias de fondo de la evolución europea que entroncaban —estimulándose recíprocamente— con las tendencias de

fondo, aparentemente dominadas pero persistentes de manera soterrada, de la anterior etapa española. Y esta interacción explosiva encuentra muy pronto su expresión en las dos corrientes ideológicas ya mencionadas, que se enseñorearon directa o indirectamente de las fracciones antagonistas de nuestra generación. A mi parecer más indirecta que directamente, porque en su forma pura sólo grupos reducidos las hicieron suyas, las adoptaron como credo de su acción militante, pero de manera indirecta, difusa, simbólica, impregnaron a amplios sectores, tanto en lo político como en lo cultural.

No voy a referirme, por no haberlo vivido más que como combatiente en el campo opuesto, y tampoco es tema que haya estudiado especialmente, a las formas y vicisitudes que el fenómeno tuvo en la fracción de nuestra generación marcada por la ideología fascista. Voy a hablar, claro está, de la de Sánchez Vázquez y la mía, la que abrazó la causa de la revolución ejemplarizada y simbolizada en el Octubre ruso, y a la que denomino generación *del marxismo-leninismo*. Tal vez de manera abusiva puesto que sólo era eso: una parte, una fracción de la Generación de la Guerra civil. Pero también los conceptos de Generación del 98 o del 27 aluden sólo a los rasgos distintivos de una fracción generacional, y la legitimidad de considerarla representativa reside en que su visión, su actitud, ya fueran de carácter político-intelectual o estético, constituían algo no sólo nuevo sino progresista. También nuestra fracción generacional, pese a lo que hubiera de extraviado en su ideología concreta o difusa, representaba la voluntad de transformación radical de una España llegada a la encrucijada más dramática de su historia moderna. La cuestión que quisiera abordar aquí es la siguiente: ¿por qué esa ideología, a primera vista tan ajena a las tradiciones políticas y culturales de nuestro solar patrio —al liberalismo del ochocientos, al apoliticismo anarcosindicalista, al socialismo de Pablo Iglesias— nos subyugó a los jóvenes que entrábamos en la vida política con la crisis de la Monarquía y la instauración de la República?

No creo que haya una razón única sino el efecto de varias causas o factores que se conjugaron para producir un resultado imprevisto. O no tan imprevisto, porque ya en 1930, en su "Prólogo para franceses" a *La rebelión de las masas*, Ortega hacía algunos pronósticos que resultaron premonitorios. Después de recordar que él no partici-

pó del temor general a que el comunismo inundara Occidente cuando triunfó en Rusia, porque —según había escrito entonces— el comunismo era una sustancia inasimilable para los europeos, preservados por su principio histórico, la individualidad, Ortega prosigue: en cambio ahora —es decir, en 1930— “me parece sobremanera posible que en los años próximos se entusiasme Europa con el bolchevismo”. Del conjunto del razonamiento orteguiano se deduce que la seducción vendría de que, fuera cual fuera su contenido, el bolchevismo

[...] representa un ensayo gigante de empresa humana. Es no conocer al europeo esperar que pueda oír sin encenderse esa llamada a un nuevo hacer, cuando él no tiene otra bandera de pareja altanería que desplegar enfrente. Con tal de servir a algo que dé un sentido a la vida y huir del propio vacío existencial, no es difícil que el europeo se trague sus objeciones al comunismo, y ya que no por su sustancia, se sienta arrastrado por su gesto moral.

Y, en efecto, los más destacados intelectuales de aquel periodo de crisis europea, y desde luego todos los situados políticamente en la izquierda —sin exceptuar los pocos que en uno u otro momento formularon críticas de fondo a la Revolución rusa—, se sintieron atraídos por el “ensayo gigante de empresa humana”.

Para los que entrábamos en la vida histórica sin haber cumplido aún los veinte años, al iniciarse la década de los treinta —cuando aparentemente España emprendía una trayectoria inversa a la tendencia europea— el problema no era de “vacío existencial”, ni de un “futuro vacío”. Al contrario, ante nosotros parecía perfilarse un futuro que podía dar pleno sentido a nuestra existencia: el horizonte de una transformación radical, revolucionaria, de nuestras vidas, de nuestra sociedad y del mundo. Para nosotros, la atracción del “ensayo gigante” que se realizaba en Rusia no era tanto moral —o no era sólo moral— como podía serlo para los intelectuales de la Generación de Ortega o de la del 27: era, ante todo, una atracción política e ideológica. Porque, ¿de qué se trataba, a fin de cuentas? De que en España se iniciaba una revolución, por muy pacífico que su comienzo fuera —de todas maneras relativo, porque antes habían sido fusilados Galán y García Hernández, convertidos en los héroes románticos de nuestra juventud adolescente. También el zarismo había caído como

una fruta madura, casi sin derramamiento de sangre, y el gran cambio revolucionario había venido después. Aquella trayectoria de la Revolución rusa estuvo muy presente, desde el primer momento, en las interpretaciones del proceso español. La derecha veía en la democracia republicana-socialista una posible repetición de la etapa Kerenski, que daría paso a la revolución comunista. Y la mayoría de los jóvenes que iniciábamos nuestra militancia política —no sólo los que ya entonces optamos por el exótico comunismo, sino la mayoría de los jóvenes socialistas, e incluso muchos de los que se consideraban simplemente republicanos— veíamos en aquella alianza con los partidos republicanos burgueses, si no una traición al menos una etapa táctica, desagradablemente necesaria, que debería abrir paso a la revolución socialista. Y no hablemos de la juventud influida por el anarcosindicalismo, lanzado a un enfrentamiento radical, no sólo contra la “democracia burguesa” sino contra la política en general. Pero incluso esta juventud atraída por las ideas anarquistas sentía cierta fascinación por la revolución bolchevique.

En realidad había algo común entre todas esas corrientes ideológicas que empezaban a imperar en la mayoría de los núcleos más activos de nuestra generación, y era la influencia de una herencia político-cultural carente de verdaderas tradiciones democráticas. No era un problema sólo español: en la mayor parte de Europa, el sistema democrático apenas comenzaba a salir de las restricciones censitarias, de la discriminación política de la mujer y de otras limitaciones tradicionales. En España, concretamente, la larga experiencia de la Restauración había sembrado en la sociedad no sólo la desconfianza en el parlamentarismo sino la aversión por la política en general. Resulta difícil explicarse la relevancia del anarquismo español sin tener en cuenta esa experiencia. Y también influyó no poco en las características del socialismo español, en su obrerismo, en sus recelos respecto a la “democracia burguesa”, que con tanta virulencia resurgieron en cuanto se produjo la derrota electoral de los partidos que habían formado el gobierno republicano-socialista y se iniciaron los gobiernos “burgueses”. Este poso común a las diversas ideologías revolucionarias de nuestra generación no podía por menos de enlazar, muy naturalmente, con uno de los rasgos fundamentales de la revolución bolchevique: la descalificación total de la “democracia bur-

guesa” y el postulado de que la dictadura del proletariado encarnaba una democracia superior, auténtica.

No es fácil para las generaciones actuales situarse en la atmósfera y los condicionantes ideológicos en que creció nuestra generación. El hecho que resultó decisivo, incuestionable, deslumbrador, para todos los que nacimos a la vida política con el señuelo romántico de que estaba iniciándose una gran revolución española, consistía en que no teníamos otro ejemplo, otro modelo, que el que estaba experimentándose en el inmenso espacio del antiguo imperio zarista. No encontrábamos en el panorama político y cultural español una elaboración teórica, un proyecto social, que pudiera servirnos de guía. Y lógicamente este vacío realzaba aún más la luz que venía del Este. Por otra parte, incluso una mirada crítica sobre ciertos aspectos de aquel experimento —algunos de ellos eran objeto de discusiones entre los que buscábamos hacia dónde ir: recuerdo, por ejemplo, mis discusiones con Manuel Tagüeña hasta que ambos decidimos ingresar en la Juventud Comunista— encontraba fácil respuesta en lo que conocíamos de la historia europea. ¿Qué gran revolución no había incluido excesos, represiones, incluso el recurso al terror? ¿Cómo podía no ser doloroso el parto de una nueva sociedad, que a diferencia de las grandes revoluciones burguesas quería acabar con toda forma de opresión, de explotación, de injusticia? Si la dictadura jacobina había sido necesaria en la revolución francesa, ¿cómo podía realizarse una revolución aún más profunda sin una dictadura incluso más férrea?

Además, nuestro febril activismo político nos dejaba escaso tiempo para la reflexión y el estudio teóricos. Tratábamos, sin embargo, de asimilar lo más urgente, que a nuestro parecer era, aparte de algunas cosas, muy pocas, de Marx —el inevitable *Manifiesto*, o *El 18 Brumario*—, la versión del marxismo producida por los que de verdad habían hecho la revolución. Leíamos a Lenin, y cada vez más a Stalin, los largos y prolijos documentos de la Internacional Comunista, y aprendimos lo básico —que no es necesario repetir aquí— del leninismo-stalinismo. No teníamos dudas de que aquello era el marxismo vivo, actual, el marxismo operativo que necesitábamos para guiar nuestra acción. Pero no todo había de ser árida teoría y solazábamos nuestro fervor revolucionario con las novelas y relatos de la gran epopeya,

que la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, con su revista *Octubre*, se encargaba de valorar como realizaciones de la nueva estética del realismo socialista. *Nuestro Cinema* cumplía análogo papel con las primeras películas soviéticas que podíamos ver en cine-clubes y algunas pocas salas comerciales. El *Teatro proletario* montaba piezas del mismo carácter. Era todo un frente cultural protagonizado por Alberti, María Teresa León, César Falcón, Arconada, Renau, Wenceslao Roces, Sender y otros muchos. La Asociación de Amigos de la Unión Soviética, o los Comités contra la guerra y el fascismo, podían atraer un abanico más amplio de personalidades intelectuales —Bergamín, los arquitectos Lacasa y Sánchez Arcas, Luis Jiménez de Asua, Luis de Tapia, Bagaría, Federico García Lorca, Américo Castro, Claudio Sánchez de Albornoz, y la lista sería larga—, muchas de las cuales no tenían la menor vinculación con nuestra ideología pero sentían un compromiso moral con el “ensayo gigante de empresa humana”. Todo ello configuraba la atmósfera espiritual en la que se formaba también nuestro espíritu revolucionario, nuestra creencia en el nacimiento de un mundo nuevo. Pensábamos que la victoria de nuestra revolución estaba al alcance de la mano y pronto se fundiría con la que había vencido en la misteriosa Rusia. En una palabra, vivíamos una borrachera de romanticismo revolucionario. Así nos hicimos marxistas-leninistas, que para nosotros era sinónimo de stalinismo, porque Stalin era el nuevo Lenin, el dirigente de acero —aprendimos que su nombre venía de *stal*, acero en ruso— implacable con los traidores a la revolución, cuya máxima figura era el Judas Trotski.

La agudización de la lucha política y social parecía darnos la razón. Cuando los jóvenes socialistas asumieron también los postulados del marxismo-leninismo, y se propusieron, nada menos, que la “bolchevización” del histórico PSOE, cuando la mayor parte de esos jóvenes socialistas pasó al PCE, y la JSU —la mayor organización juvenil que haya conocido España— quedó bajo nuestra influencia ideológica, podía decirse que nuestra generación se había ganado mercedamente el título de marxista-leninista, incluida la connotación staliniana que ese concepto tenía entonces (y durante bastante tiempo después).

El curso de la Guerra civil, el papel casi hegemónico que en ella tuvo el PCE, el hecho de que la URSS protagonizara la única ayuda efec-

tiva a la República, no podía por menos de fortalecer nuestras convicciones. Y no digamos, más adelante, la victoria de la URSS en la Segunda Guerra Mundial y el papel decisivo que en esa victoria desempeñó. Frente a la entidad de estos hechos, las persecuciones contra los trotskistas en España, los procesos de Moscú o el pacto germano-soviético, difícilmente podían quebrantar nuestros esquemas políticos e ideológicos. Tanto menos cuanto que podían encontrar una explicación racional dentro de estos mismos esquemas: el imperativo, ya mencionado, de aplastar toda traición a la revolución; la utilización a fondo de las contradicciones intercapitalistas para que la URSS pudiera ganar tiempo frente al fascismo hitleriano (explicación del pacto germano-soviético), etcétera. Y podría referirme a mi experiencia posterior, cuando viví siete años en la Unión Soviética: la coherencia interna de nuestra teoría, una vez aceptados sus axiomas básicos, permitía explicarse racionalmente la realidad soviética, incluidas las contradicciones con la imagen idealizada que se podía tener antes de tomar contacto directo con esa realidad.

En verdad sólo había —salvo excepciones que confirmaban la regla— dos posibilidades para romper el cerco mágico de nuestra ideología. O bien la representada por la contradicción interna, dentro de uno mismo, con otros valores culturales ya adquiridos, a través de un conflicto que bajo determinados estímulos podía entrar en crisis: tal fue el caso de algunos destacados intelectuales de la generación anterior a la nuestra; o bien, la revelación clamorosa de una situación, de unos hechos incuestionables, que sacasen a la luz la contradicción entre nuestra teoría y la realidad. Esto se produjo después de la muerte de Stalin a través de una serie de acontecimientos: las revueltas obreras de 1953, en Alemania Oriental, el Octubre húngaro y polaco, en 1956 y, sobre todo, las sensacionales revelaciones de Jruschov en su famoso “Informe secreto”, ante el XX Congreso del PCUS. Fue entonces cuando ante evidencias tan insoslayables muchos comunistas europeos de nuestra generación comenzamos a poner en cuestión aspectos básicos de nuestra ideología y de nuestra política. Según las circunstancias personales y políticas de cada uno, el camino que recorrimos para liberarnos de la alienación marxista-leninista fue más o menos largo, más o menos doloroso. Otros muchos, tal vez la ma-

yoría, ni siquiera lo iniciaron y siguieron viendo en el marxismo-leninismo el guía infalible de su acción política.

Adolfo Sánchez Vázquez y yo mismo figuramos entre los que recorrimos ese camino, a veces encontrándonos conflictivamente en la trayectoria, como cuando yo fui encargado por la dirección del PCE de censurar y sancionar las posiciones críticas de Sánchez Vázquez en México, o cuando años después él hubo de aceptar disciplinadamente, como miembro del partido, mi exclusión del mismo. Luego, entre 1968 y 1973, cruzamos una interesante correspondencia en la que comentábamos, a veces críticamente, nuestros respectivos trabajos, en particular su *Filosofía de la praxis* y mi *Crisis del movimiento comunista*. En esa correspondencia constatábamos que la influencia del leninismo aún se hacía sentir en nuestros escritos.

Yo no voy a entrar en el análisis de la obra filosófica de Sánchez Vázquez, por la que se le rinde este merecido homenaje. Otros van a hacerlo a continuación. Mi intención ha sido, únicamente, mostrar cuál fue el estéril punto de partida ideológico de nuestra generación, los condicionamientos históricos, políticos y culturales que lo explican. Sólo a medida que pudimos liberarnos de él, en un complejo proceso político e ideológico, algunos miembros de esta generación pudimos aportar algo al marxismo. Un marxismo que permanece como una de las corrientes fundamentales del pensamiento moderno pero que es sólo eso —con ser bastante— y no puede darnos la clave interpretativa de todos los fenómenos del pasado y del presente. Menos aún, del futuro.